



DECIDIDAS

AMOR, SEXO Y DINERO

MARÍA
FLORENCIA
FREIJO

MARÍA FLORENCIA FREIJO

DECIDIDAS

Amor, sexo y dinero

 Planeta

CAPÍTULO I

El prestigio social tiene cara de varón

*Enseñar supersticiones como si fueran
verdades es una cosa horrible.*

HIPATIA DE ALEJANDRÍA

¿Por qué aún hoy se sigue cuestionando lo que vivimos las mujeres, tanto en la actualidad como en el pasado? ¿Por qué los números siguen arrojando **que las mujeres somos menos elegidas para todas las posiciones de representatividad, liderazgo y tomas de decisión?** ¿Cómo conviven nuestras experiencias personales con discursos públicos que tienden a desacreditarnos continuamente?

Me he hecho, a través de los años, muy amiga de los datos. Probablemente mi frase de cabecera sea: «datos, no opinión», y es que, aunque los datos nos susciten opiniones, y por supuesto podamos tener una discusión filosófica sobre la objetividad en la ciencia, la realidad es que los datos me han permitido poner en palabra y con ejemplos sucesos que yo también refería pero que muchas veces no llegaba a poder explicar, verbalizar, conceptualizar de forma correcta.

Mi trabajo es la búsqueda constante de cuáles son esas razones que perduran y producen una desigualdad en las con-

diciones de existencia de hombres y mujeres. Pero con lo que también me he encontrado en esta búsqueda es que los datos no suelen alcanzar ante quienes prefieren negar la evidente realidad, construyendo una maniobra cognitiva para torcer la información que está al alcance de quien quiera de verdad y desee que las mujeres vivamos mejor.

Existe una resistencia feroz al tratamiento de los temas referidos a la desigualdad de género. Pero, sobre todo, **a la autocrítica que nos vuelve también responsables de que esa desigualdad perdure. Todas y todos conocemos mujeres que han sido violentadas, o discriminadas por el hecho de ser mujer, pero nadie parece hacerse cargo.**

Seguramente algún lector o lectora dirá: ¡pero si los temas sobre la condición de las mujeres están en agenda! Sí, efectivamente. Es cierto que durante los últimos años hubo un aumento en los cuestionamientos y debates públicos. No obstante, lo que suele suceder es que, antes de posicionar un tema, hay que construir una narrativa defensiva para explicar el porqué de determinada política, o el porqué de la elección de determinada mujer para representar una posición, etc. Todo el tiempo hay que explicar por qué seguimos hablando de desigualdad. Los números nos hablan de diferencias estructurales, pero muchas personas se resisten a creerlo, y con los números en la mano, de todas maneras hay que explicarlo.

Las personas que niegan la desigualdad, o que hablan de la *supremacía feminista*, de que el *patriarcado no existe*, entre otras definiciones pomposas, imprecisas y burdas, son muy fáciles de reconocer. Pero las que más me preocupan son las que, creyendo que la desigualdad sí existe, reproducen sistemáticamente conductas que ponen a las mujeres en situaciones de menosprecio. Incluso nosotras mismas nos ponemos en esos lugares.

Los hechos históricos, o los estudios sociológicos, no son suficientes para poder comprender las verdaderas dimensiones tanto del odio de género en su máxima expresión como de las microviolencias que recibimos, incluso las que creemos que son «inocentes». **Hay que preguntarse, entonces, qué nos falta analizar para que quede al desnudo el interruptor que enciende mecanismos involuntarios de pensamientos y conductas que luego reproducen estas situaciones desfavorables.**

En este sentido, donde se enquistan con más fortaleza estos pensamientos y conductas involuntarios —que reproducen estereotipos que condenan a las mujeres— no es justamente en los actos que surgen desde el odio más brutal —por ejemplo, los femicidios—, dado que generalmente tienen una rápida condena social y producen un estupor generalizado (de hecho, son actos fáciles de identificar como violencia de género y en varios países los códigos penales tienen encuadres propios para estos delitos), sino que **las conductas que producen mayores resistencias sociales a ser identificadas como discriminatorias por motivos de género, y por consiguiente, a ser transformadas, son aquellas que surgen desde la cotidianidad y que recurrentemente se relativizan o, peor, se vuelven norma social.** Seguramente más de una vez escucharon decir: «no la estoy discriminando porque sea una mujer, es que de verdad...», frase que terminaba en algún calificativo del orden de los insultos.

La respuesta al porqué de estas prácticas que todas y todos reproducimos se encuentra, en parte, en los cada vez más abultados datos que provienen de estudios vinculados a la neurociencia, la lingüística y la comunicación, que dejan al desnudo lo arraigadas que están estas microviolencias —tanto de hombres como de mujeres— hacia las mujeres.

Microviolencias, actitudes, comentarios, el famoso *chiste-*

cito que reproducimos muchas veces, incluso quienes más estamos atravesando estos temas. Y es que el proceso de formar arquetipos en torno a las mujeres y los sesgos, que desarrollaré a continuación, lo tenemos arraigado en nuestro *ADN social*¹, y en mayor y menor medida los reproducimos.

La verdad, al menos parcialmente, sale a la luz. Las condiciones de vida de las mujeres podríamos decir que mejoraron si tomamos como variables su incursión en el mercado de trabajo, las distintas conquistas de derechos, la ampliación de políticas públicas. Algo que, desde ya, es dispar entre los distintos países.

No obstante, los datos arrojan radiografías tremendas. Las mujeres luchamos, al menos si tenemos en cuenta los aspectos formales de nuestra organización para la obtención de derechos políticos, hace unos doscientos años, algo que hay que tener en cuenta para analizar las resistencias hacia nosotras, si en números vemos que no superamos en todo el mundo el llamado «techo de cristal» del 20 % de representación en puestos de decisión². **¡Siglos de desigualdad para estar, en el año 2022, tratando de convencer a quienes dicen que la desigualdad «es cosa del pasado»!** Vale preguntarse entonces qué es lo que provoca conductas que durante siglos nos han puesto y nos siguen poniendo en ese lugar.

En principio, por supuesto, está la educación de la que he hablado en *(Mal) Educadas*. Una educación que se remonta

1. ADN social: término que utilizo para conceptualizar la idea de que hay una cultura muy arraigada a través de generaciones, y que sedimenta comportamientos determinados. El término no especifica cuestiones relacionadas con la biología evolutiva desde sus concepciones más formales, sino que busca figurar la idea de un aprendizaje que surge de procesos de interacción social.

2. Solo 22 mujeres en todo el mundo son jefes de Estado o presidentas de un gobierno. Ver news.un.org/es/story/2021/03/1489352.

a la Antigüedad. Esto es fundamental, dado que se observan allí creencias que continúan hasta el día de hoy.

Todo el desarrollo de lo que fue el pensamiento clásico estuvo a disposición de explicar nuestra naturaleza inferior. Un pensamiento que ya tenía su antecedente durante la etapa de las primeras civilizaciones en la Mesopotamia con el Código de Hammurabi, que expresaba: «*Si la esposa de uno, que habita en la casa de este hombre, quiere irse y si tiene el hábito de hacer locuras, divide y desorganiza la casa, y ha descuidado la atención de su marido, se la hará comparecer y si el marido dice que la repudia, la dejará ir y no le dará nada para el viaje ni precio de repudio*».

Es muy relevante tener la perspectiva de estas creencias del pasado para darnos cuenta y atisbar, al menos, la difícil tarea de transformar el pensamiento profundo anclado en lo que Gina Rippon, en su libro *El género y nuestros cerebros* (2019), revela como el *cerebro social*.

Este concepto se define en el campo de la neurociencia, que estudia los procesos cognitivos sociales, y en el cual se examinan las áreas neuronales que nos impulsan a ser miembros de las numerosas redes sociales y culturales que nos rodean. De esta forma se ha podido demostrar la estrecha relación de nuestro cerebro con esas redes, dado que estas transforman el propio cerebro.

Por esta razón tenemos que sospechar de muchos de los procesos de reflexión que hacemos, entendiendo que **«nuestras verdades» —lo que consideramos como definiciones objetivas— son en realidad el resultado del constante estímulo social en el que estamos inmersos**. Al entender esto, podemos empezar a sospechar de todo lo que sigue abonando nuestras decisiones diarias que resultan en una mirada *sesgada* que tenemos sobre las mujeres, dados los aprendizajes que arrastramos de hace tantos años acerca de las concep-

ciones preestipuladas que tenemos sobre ellas, y sobre nosotras mismas, claro.

Algunos ejemplos: en la mayor parte del mundo las mujeres emitimos por primera vez un voto en elecciones partidarias en un rango que va dentro de los años 1920 a 1960. Las razones son varias, pero todas las esgrimidas como resistencia durante los distintos procesos que llevaron finalmente al voto femenino tenían su correlato en que se nos era negado por creer que éramos inferiores intelectualmente, o que debíamos cumplir funciones domésticas y escindirnos de la vida pública y partidaria.

Incluso muchas mujeres se resistían por considerar eso de ellas mismas, y abogaban explícitamente contra las otras mujeres que exigían participación política. Si lo pensamos en tiempos históricos, mi abuela vino a este mundo sin siquiera tener este y otros derechos básicos legislados, y creo que sería un poco ingenuo pensar que todas estas creencias, apenas unos sesenta años después, *no* siguen permeando este cerebro social.

En este tipo de cosas soy taxativa: **la desigualdad entre hombres y mujeres existe por varios factores, pero uno al que no se le presta la suficiente atención y es el más prevalente, son sin duda las creencias intrínsecas sobre la condición de inferioridad de las mujeres** para muchas de las tareas que consideramos del orden de las capacidades intelectuales.

De hecho, durante 2018 se publicó un estudio realizado por Adrian Hoffmann y Jochen Musch, de la Heinrich-Heine-University en Düsseldorf (Alemania), que investigaba los prejuicios —de hombres y mujeres— hacia mujeres líderes³. A grandes rasgos, para poder medir esto utilizaron

3. Hoffmann, A., y Musch, J., «Prejuicio contra las mujeres líderes: perspectivas

una técnica que consiste en hacer dos cuestionarios: uno donde quienes responden saben que sus respuestas no serán anónimas, y otro cuestionario donde las mismas personas efectivamente saben que sus respuestas son completamente anónimas.

Las preguntas estaban orientadas hacia la evaluación y consideración de los liderazgos femeninos. Lo que encontraron los investigadores es que las respuestas anónimas guardaban distancia con aquellas expresadas por las mismas personas de forma pública, básicamente porque las segundas estaban orientadas a esgrimir opiniones que se consideraban socialmente deseables.

Las personas encuestadas eran estudiantes universitarios. A través de sus respuestas se pudo establecer una medición del prejuicio sobre mujeres en cargos de dirección y decisión del 36 % en el caso de los hombres y del 10 % en el de las mujeres. Es decir, casi 4 de cada 10 hombres consideraban que las mujeres eran inferiores liderando, y 1 de cada 10 mujeres también.

Ahora, la situación fue más reveladora cuando midieron las preguntas indirectas o consideradas anónimas. Allí los entrevistados no tuvieron miedo a la reprimenda social al expresar sus opiniones. En el caso de los varones encontraron que la medición del prejuicio ascendía hasta un 45 %, pero lo más sorprendente fue que en el caso de las mujeres la cifra triplicaba la inicial, con un 28 % de respuestas negativas. Es decir que 3 de cada 10 mujeres en su fuero íntimo pensaba que las mujeres no son buenas como líderes, demostrando que los prejuicios contra las mujeres líderes están más extendidos de lo que indicaban previamente los

informes que sí estaban potencialmente condicionados por la percepción de deseabilidad social; es decir, por lo que ellos creían que «debían» contestar en función de la mirada externa.

Este estudio, además, nos proporciona un dato muy interesante, y es lo urgente que resulta construir mediciones en las encuestas que suelen hacerse para que puedan controlar las prevalencias en los prejuicios de género, contrastando las respuestas que se dan con preguntas indirectas para ver cuáles se expresan por ser socialmente deseables y cuáles realmente dejan en evidencia lo que piensa esa persona.

Es clave observar cómo los prejuicios siguen activos aún hoy en día, más allá de las legislaciones que existen o puedan existir. Este estudio también demuestra lo urgente que es tener personas realmente convencidas de la importancia del rol de las mujeres liderando espacios, porque luego llegan a estos lugares individuos con discursos adecuados para una época pero que, en el fondo, no creen en ellos realmente.

Estas son las mismas personas que luego disfrazan de «objetividad» conductas discriminatorias hacia mujeres líderes, con mecanismos coercitivos hacia ellas. Las mujeres en cargos de liderazgo expresan siempre cuán difícil es para ellas ejercer el poder o una voz de autoridad en su campo de experiencia por estas situaciones de *mobbing*⁴ constante.

No obstante, vale la pena resaltar cómo las mujeres, entre nosotras —y me atrevo a afirmar que *hacia nosotras mismas* también—, aún conservamos una mirada prejuiciosa res-

4. Concepto que se utiliza para definir las prácticas de discriminación y violencia explícita o simbólica, acoso o abuso psicológico para lograr que una persona se vaya de un espacio en el que participe, por ejemplo, laboralmente.

pecto al trabajo con mujeres que se destacan. No es tema de este capítulo abordar la competencia femenina y los liderazgos, pero sin duda queda la puerta abierta para la reflexión.